

de Niebla, y con otros que en las *Trescientas* se admiran. En los versos del hijo de San Bruno, forjados en el silencioso retiro del claustro más austero, el mundo sobrenatural, aunque visto é interpretado de un modo tan realista, tenía que ocupar mucho más espacio que el mundo de la historia. Pero en el curso de su peregrinación por el infernal laberinto, no deja el poeta de encontrar semblantes conocidos de gentes de su patria, y acierta á veces á retratarlos con el toque vigoroso y sombrío que cuadra á un tan fiel discípulo de Dante. Así en el círculo de los apóstatas pena el arzobispo Don Opas: así en la oscura y helada laguna, llena de juncos silvestres y de espíritus roncós, donde son castigadas las almas frías y tibias, levanta la cabeza el caballero de la Banda Dorada, menospreciador de las fiestas, que él empleaba en correr el monte «*tratando los sacres y vivos halcones*» y en hollar y destruir los panes de los labradores; y no lejos de allí, azotado por el turbio viento y por los espesos copos de nieve, pena su codicia el avariento y usurario mercader

Que en todos los bancos de Flandes cambiando  
Hizo muy llena la bolsa vacía...]

el cual, extendiendo su trato á Florencia, Venecia y Génova, Lyon, Sevilla y Valencia, tuvo en Medina y en Valladolid rica tienda de brocados. Así en la negra caldera de los simoníacos hierve un papa (cuyo nombre no quiere declarar el autor, pero se infiere que ha de ser Alejandro VI), pregonando en altas voces su condenación eterna:

Yo de la silla muy santa romana  
Hice las cosas que nunca debiera;  
Multiplicando por mala manera  
La triste ganancia que pierde y no gana.  
La sangre propincua, mortal y muy vana,  
Fuera la causa de tantos errores,  
Haciendo á mis hijos muy grandes señores,  
Y dando manera por donde renueva

Esta dolencia por otros menores.

Verás la caldera por forma de ara  
Donde se funde la dulce pecuña (1);  
Y donde se ofrece, después que se cuña  
Con impresión de la falsa Tiara...

Luego reguardo con tales razones  
La negra caldera hervir á menudo,  
Y lo que la mente notar aquí pudo,  
En ella hervían muy ricos bolsones.  
Brotaban por cima de los borbollones  
Revueltos en forma de gruesos gusanos:  
Como perdiendo los cibos livianos,  
Saltan y tocan los vivos tizonés  
No socorridos de fuerza de manos.

Varios episodios, de mucha curiosidad histórica, nos transportan á la época de anarquía que precedió inmediatamente á los Reyes Católicos. Uno es el del comendador de Extremadura, en quien parece vislumbrarse la terrible figura del claveró D. Alonso de Monroy (2); otro el del *montañés homicida*, del bando de los Negretes (como si dijéramos, un héroe de los de

(1) Pecunia.

(2)

Yo só, me dijo, del Estremadura,  
Donde las rayas reales ya juntas,  
Hacen la tierra no mucho segura.  
Tuvo mi pecho la cruz colorada;  
Pero con odio que tuve de uno,  
El qual aquí viene también de consuno.  
Fué mucha sangre por nos derramada.  
La cruz que trata de fuera bordada,  
Dentro no tovo mi mal corazón,  
Por ella perdida semblante pasión;  
Pero mi alma salió condenada  
Súbitamente sin más confesión.

Este con grave coraje de presto,  
Como quien rabia con férvida basca,  
Con uñas crueles su pecho se rasca,  
Después de rascado su lánguido gesto.  
Y súbitamente, yo vide, con esto  
Salir de su pecho cruel horadado.  
Un drago con su corazón travesado:  
Bien como perro que saca del cesto  
El pan que la moza no tiene guardado.

Lope García de Salazar), condenado con un tropel de malhechores de su especie á correr incesantemente, «*como los ciervos en tiempo de brama*», bajo una lluvia de saetas enherboladas y encendidas (1).

El carácter nacional de este poema se acentúa más y más en la visión del *cándido lirio de Calahorra*, es decir, de Santo Domingo de Guzmán: en cuya boca pone el *Cartujano* los loores de España, la descripción de las armas de Castilla y de los estandartes de las doce principales casas del Reino, que rodeaban en manera de pabellón el trono de Santiago; y los triun-

(1)

—¡Oh ánimas (dije) que tan fatigadas  
Vais caminando, de fuego llagadas,  
Decidme, si sois de la nuestra Castilla,  
O de las provincias en torno pobladas?  
Uno responde con alto gemido,  
Sentido que hobo mi lengua materna:  
—Porque mi mente mejor te dicierna,  
Dime primero, dó fueste nacido?  
Yo le repuse, sin ser prevenido:  
—¿Y cómo no sientes que só castellano?  
No hablo tudesco ni menos toscano:  
Basta que sepas haber yo bebido  
Las aguas del río sutil sevillano.  
Mas dime, quién eres ¡oh ánima triste!  
Y quién son aquestos que van á tu lado?  
Y qué fué la causa de tanto pecado,  
Por donde tu cuerpo tal hábito viste?  
—Só montañés de la brava montaña,  
Y más Gamboyno, llorando me dice:  
Tales excesos mortales yo hice,  
Por donde padezo la pena tamaña.  
Los unigueses (1) con férvida saña  
Maté con mis manos, sin lo merecer,  
Y más en Bilbao queriendo valer  
Hice no menos semblante fazaña  
Por donde la villa se quiso perder.  
Por ende con armas de fuego llagado  
Vó caminando sin agua ni cibo:  
Cual muerte yo daba, tal pena recibo  
Con estas saetas que vó travesado.  
Otros de aqueste convento penado  
Hicieron lo mismo, que fueron Giletes,  
Sin causa matando los nobles Negretes.

(1) Oñacinos.

fantes esfuerzos de los reyes y batalladores de la Reconquista, de los cuales dice enérgicamente:

Que muestran sangrientos los brazos y codos;

y entre los cuales se levanta la sombra del campeón burgalés, confortado por el aliento de San Lázaro:

Mostróse Laines, cruel batallando  
Con el resuello del Santo llagado.

.....  
Tenía debajo su fuerte persona,  
Por pavimento de su rica silla,  
A Búcar y toda su grande cuadrilla,  
Los cuales domara su hoja tizona.

Bajo el hábito del cartujo late briosamente el corazón del patriota, y no puede contener el *Salve, magna parens frugum*, que acude á sus labios, aunque le ponga súbito correctivo San Pablo retrayéndole á la memoria de la patria eterna:

La grande excelencia de nuestras Españas  
Excede la pluma de los oradores.

.....  
Fértiles tiene sus grandes montañas,  
Y más los collados y vegas amenas;  
De todos metales abundan sus venas,  
Y dellos reparte por tierras extrañas,  
Haciéndose rica con doblas ajenas.  
—Basta, me dijo mi Santo precioso,  
Lo contemplado del suelo materno:  
Duro lo halla muy más que no tierno  
Aquel que lo deja por Dios poderoso:  
El hábito hace muy más virtuoso  
La mente que ama la patria superna:  
Esta la vida segura gobierna  
Aquí en este suelo mortal y penoso,  
Que muchas vegas las almas enfierna.

La tradición épica, que con las maravillas de fines del siglo xv parecía haber cobrado una segunda juventud, la cual iba á continuar potente y gloriosa durante una centuria entera, tiene en el poema de Juan de Padilla inesperadas manifestaciones: ya cuando el

autor interroga al banderizo montañés sobre la suerte de Bellido Dolfos, y él malignamente contesta según la voz popular:

Urraca lo sabe mejor á dó anda;

ya cuando en medio del fiero y hediondo tremedal comienza á levantar la cabeza, del légamo donde yace atollado, el espectro del rey D. Rodrigo, vestido de tosco sayal de paño pardo. El poeta se apiada de tan inmensa desventura, quiere excusar á D. Rodrigo la acerba confesión de sus culpas, y por un rasgo que bien puede llamarse de genio dramático, hace surgir un *rutilante real caballero*, que se anuncia en estos términos:

Yo só Pelayo: mi padre Favila.

El restaurador de España es el que más ejemplarmente puede contar la pérdida de ella, y, en efecto, empieza á referirla desde el quebrantamiento de los candados de la mágica cueva de Toledo:

Abrió de Toledo la gran cerradura,  
Do vido la tela con bultos pintados...

Y cuando la visión gloriosa del vengador se va alejando, diríase que toda la Naturaleza se alegra á su paso:

Luego de súbito desaparece  
Dejando las auras olientes y netas:  
Como las rosas y las violetas  
Heridas del ayre después que amanece...

No hemos pretendido apurar todo lo que hay digno de estudiarse en este raro poema, tan desigual á la verdad, y de tan inamena lectura en mucha parte de su contexto, pero sembrado por donde quiera de rasgos de talento descriptivo, nacidos de una fantasía plástica y viva. Tiene Juan de Padilla la robustez y alteza de

versificación que en todo tiempo ha sido gala y timbre de los poetas andaluces: tiene además el instinto de la dicción poética noble y sonora, que él procura enriquecer, á imitación de Juan de Mena (segundo maestro suyo después de Dante), con gran número de latinismos é italianismos más ó menos felices, por lo cual, no sin cierta verosimilitud, se le ha contado entre los precursores de la escuela sevillana. Es frecuente en él el empleo de los participios latinos (semblante *nitente*, selva *manante*, piélagos *rubente*), no menos que la introducción de algunos adjetivos del mismo origen, que luego quedaron en el dialecto poético (aurora *lúcida*, *clarífico* fuego, lira *dulcisona*), sin contar otros que no han prevalecido, como *serénico* cielo, noche *corusca* é *invido* dolo. Pero mucho nos engañaríamos si creyésemos que estas innovaciones constituyen el fondo del estilo del *Cartujano*, que lejos de sostenerse en esta cuerda enfática, desciende á cada momento á los idiotismos más populares y llanos, no sin gran ventaja de la fuerza expresiva en que principalmente consiste su mérito. Uno de los secretos que robó al excelso poeta florentino fué el de mantener despierta la atención del lector con alusiones á lo que debía de serle más familiar, á los negocios, tráfaos y solaces de cada día, con indicaciones topográficas precisas: la feria de Medina; la *tabla* de Barcelona; el potro de Córbova; la sima de Cabra; el aquelarre de las hechiceras de Durango (1); la lonja de los Ginoveses de

(1) Es muy curioso lo que se refiere á artes mágicas en el cap. VII del primer *Triunfo*, que debe cotejarse con pasajes análogos de Juan de Mena. Además de los nigrománticos, hechiceros y *matemáticos* (es decir, astrólogos judicarios) pone Padilla en su registro á

Los que las uñas del muerto cercenan  
Para mezclarlas con otra malicia...

y recogen los ojos y dientes de los ahorcados; á los que hacen *cercos dañados*; á los que se guían por los puntos pitagóricos, ó

Sevilla; la calle de Armas, donde se hurtaban los arneses antes que se abriese la puerta de Goles; las Gradadas del templo sevillano por donde el autor, cuando pequeño, se paseaba con un libro abierto; la venta de Zarzuela y el coto de Guadalherce, donde «la bolsa pesada recela», hasta que se ve «verdegrear la vara del cuadrillón»; la cuesta de la Plata de Valladolid, frecuentada de tratantes y logreros; la aldehuela de tierra de Zafra, famosa por el gigante Juanico; «las hornillas del hierro labrado de Lipuzca (Guipúzcoa)»; la piedra horadada del puerto de San Adrián; la Torre del Oro «cabe el Bético río»; la Atalaya de las Almadrabas; el páramo frío de la Palomera de Avila; el monte de Torozos y la puente de Guadiato, familiares á los salteadores, en especial á aquel Cristóbal de Salmerón, que había sepultado á veintidós hombres en un pozo; el brasero de Tablada, funesto á los judaizantes; el árbol maravilloso de la isla de Hierro; las «ondas jamás navegadas» por donde Colón halló las perlas con el oro... Leyendo atentamente el poema, se ve que el *Cartujano* aspira constantemente al cielo, pero que tiene todavía puestos los ojos en la tierra.

Fué de todas suertes uno de los mayores poetas del siglo xv, aunque brillase más en los pormenores que en el conjunto, y aunque no tuviese la fortuna de ligar su nombre á una composición imperecedera, como las *Coplas de Jorge Manrique* ó el *Diálogo entre el amor y un viejo*. Llegó demasiado pronto para unas cosas y

por augurio de constelaciones, ó por cualquier otro de los siglos que recopila en esta última octava:

Y callo no menos la loca manera  
Del que reguarda con ojo malino,  
Quando la liebre traviesa camino  
Y el ciervo bramando sin su compañera;  
O si del encina, del bosque somera,  
Canta la triste siniestra corneja;  
Y como conjura la trémula vieja  
Los cuerpos compuestos de líquida cera  
Con su profana prolixa conseja.

demasiado tarde para otras: encerró sus mejores pensamientos en la forma alegórica que ya empezaba á caducar; en el molde de una versificación monótona de suyo y condenada á próxima muerte: vivió en una época de transición (que en arte las hay ciertamente, aunque tanto se abuse del nombre): fué de los que tocaron en las puertas del Renacimiento sin llegar á penetrar en él, y sin ser tampoco verdaderos poetas de la Edad Media: su erudición tuvo que ser pedantesca, torcido y violento su estilo. Pero sus fuerzas nativas eran grandes, quizá superiores á las de cualquier otro poeta del tiempo de los Reyes Católicos; y si en absoluto no se le puede dar la palma entre los imitadores castellanos de Dante, sólo Juan de Mena puede compartirla con él, viniendo á ser uno y otro *medios Menandros* respecto del altísimo poeta á quien tomaron por modelo.

Tuvo Juan de Padilla algunos imitadores, entre los cuales puede contarse á un anónimo, religioso de la orden de los Mínimos, y probablemente andaluz, que dedicó al duque de Medinaceli, D. Juan de la Cerda, un nuevo poema dantesco hasta en el título: *Libro de la Celestial Jerarquía y Infernal Laberinto, metrificado en verso heroico grave* (1). El autor había oído leer en

(1) *Comienza el libro de la celestial jerarchia y infernal laberinto metrificado en metro castellano en verso heroico grave por un religioso de la orden de los mínimos dirigido al illustre y muy magnifico señor don juan de la cerda duque de Medina celi conde del puerto de Sancta Maria*. Sin lugar ni año, folio gótico, 2 hojas preliminares y XXII foliadas, con una más para las erratas. Es libro de extraordinaria rareza.

Comienza imitando la invocación de Juan de Mena:

Al muy prepotente supremo monarcha  
Aquel que los cielos y tierra esclaresce.

A la misma escuela pertenece, aunque fué impreso antes que las obras del Cartujano, el *Triunpho de Maria*, de Martín Martínez de Ampíes, que más que obra literaria fué el cumplimien-

casa de su Mecenas las coplas de Garci Sánchez de Badajoz (de quien da muy peregrinas noticias, que aprovecharemos después) y doliéndose de ver empleado tan buen ingenio en materias profanas y aun escandalosas, deliberó aplicar por su parte la poesía á temas espirituales, como antidoto contra los devaneos y liviandades en que se complacian los trovadores cortesianos. En tal empresa tomó por modelo al *Cartu-*

to de una penitencia que impuso al poeta su confesor, como en el frontis se expresa: «*Por alabanza de la preciosa Virgen y madre de christo ihesu: comienga el libro intitulado triũpho de maria: por martin martinez de ampiés, compuesto; y en emienda de sus delictos á el otorgada por el reverendo doctor fray gonçalo de rebolleda, frayle menor como por padre de su cõfessiõ.*»

Es un poema en octavas de arte mayor con glosas á estilo de las de Juan de Mena, seguido de varias canciones de los coros celestes, de los justos, de los santos y del *linaje femenino de la gloria*, en alabanza de Nuestra Señora.

En la signatura *g* comienza su nuevo poema *De los Amores de la Madre de Dios*, que vienen á ser unos gozos en versos de arte menor.

Al fin del tomo se leen las señas de la impresión en estos términos:

«*El triũpho y los amores d' la preciosa madre de dios aqui se acaban: y emprêtados con las expensas de Paulo Hurus aleman de Constancia en la noble ciudad de Çaragoça:*» en el año de nuestra salud Mil CCCC.LXXXXV (1495). 4.º gót. sin foliatura.

En el título ya se trasluce la imitación de los *Triunfos* del Petrarca, que también en Padilla y en los demás poetas de este tiempo se mezclaba más ó menos con la de Dante.

Martinez de Ampiés es más conocido como traductor del *Viaje de la Tierra Santa*, de Bernardo de Breidembach, deán de Maguncia, bellamente estampado en Zaragoza por el alemán Paulo Hurus, en 1498, con muchas curiosas estampas en madera, que representan ya animales exóticos, ya trajes de diversas naciones peregrinas (griegos, *surianos* [sirios], abisinios, etc.) y muestras de los alfabetos árabe, caldeo, armenio, etc., todo lo cual acrecienta el valor bibliográfico de este rarísimo libro. El traductor pone de su cosecha al principio un breve *Tractado de Roma*, ó sea compendiosa descripción é historia de esta ciudad;

*jano*, según lo manifiesta en el proemio que hace veces de dedicatoria:

«Pues como yo conociese cuanta fuerza tenga este »metrificado escrebir en los nobles y sabios corazones, »y allí se me manifestó vuestra señoría serle aficionado, determinéme escrebir este libro en este estilo; »aunque en la verdad de mí él fué muy poco acostumbrado. Y esto para que así como en esos otros (libros) profanos con la dulce cadencia del metro se »traga el ponzoñoso veneno, que es verdadera muerte »del alma, así en este nuestro con la dulce cadencia »cayese el amor de las cosas celestiales, adonde está »su vida verdadera... Aun en nuestros tiempos vive »un devoto religioso cartujano, D. Juan de Padilla, »autor del *Retablo de la vida de Cristo*, que no con infructuoso trabajo ni falta de elegancia castellana escribió el *Vita Christi*, en verso heroico grave difuso,

y suele añadir algunas notas muy curiosas, especialmente la que se refiere á los gitanos que él llama *bohemianos* ó *egipcianos*.

De este mismo autor es *El Libro del Anticristo* (Zaragoza, 1496, por Paulo Hurus, y Burgos, 1497, por Fadrique Alemán, de Basilea, con grabados en madera).

Lo escribió ó compiló su autor estando en la campaña de Perpiñán; y se divide en 45 partes ó capítulos, seguidos de un nuevo *Tratado del juicio postrimero*, y de una *Declaración de Martin Martinez Dampiés en el traslado del Sermón de Sant Vicente*. Cierra el volumen la muy sabida carta de Rabi Samuel á Rabi Isaac, trasladada del arábigo al latín, en 1338, por Fray Alonso de Buen-hombre, y del latín al castellano por Dampiés.

Tradujo del catalán el libro *de menescalia*, ó albeitería de Manuel Díez, mayordomo del Rey Alfonso V (Zaragoza, 1499; Valladolid, por Juan de Burgos, 1500; Barcelona, 1523; Burgos, 1530; Zaragoza, 1545...)

En el *Opus Paschale*, de Sedulio, comentado por Juan Sobrarias (Zaragoza, 1511) se lee un *carmen elegiacum*, de Martín Martinez Dampiés, que fué natural de la villa de Sos, y murió en Uncastillo. (Véase su artículo en Latassa.)

»el qual Landulfo, monje de su Orden, con orden divinal había copilado latino.»

No haciéndose aquí mención de *Los Doce Triunfos*, parece que hemos de suponer que el *Libro de la Celestial Jerarquía*, cuya edición no tiene fecha, fué impreso antes de 1521; presunción que sus señas tipográficas tampoco contradicen.

La *Celestial Jerarquía* es una imitación bastante endeble de la *Divina Comedia*, sin nada que particularmente la distinga de las innumerables visiones alegóricas de su género. Del escaso mérito de su versificación y estilo puede juzgarse por las siguientes coplas del principio:

En unas montañas muy altas estaba  
D' oscuras tinieblas del todo cercado,  
De sueño pesado así sujetado,  
Que así como muerte la vida prisaba:  
Cuando el aurora corriendo buscaba  
Aquel claro Febo, luziente dorado,  
Cón sus crines de oro, así muy pagado,  
Que alegre y riendo los mundos miraba.  
Yo que dormía con tanto reposo,  
Una voz alta hablóme diciendo:  
Despierta, despierta, ¿qué haces durmiendo  
En tiempo tan dulce, alegre y gracioso?  
Abrí, pues, mis ojos asaz temeroso,  
Para mirar á quien me hablaba,  
Y vi claridad tan grande, que estaba  
Todo aquel monte con rayos lumbroso.  
Era aquel tiempo alegre y temprano,  
Cuando los campos se visten de flores,  
Cantan calandrias, cient mil ruiseñores,  
Aquel mucho dulce del lindo verano;  
El toro potente, valiente, lozano,  
Abría las puertas del todo patentas,  
Para que alegres mirasen las gentes,  
Con gran hermosura el mundo galano...

Otros aplicaron la forma alegórica y el metro de Juan de Mena á asuntos de historia contemporánea. Fué de los primeros y más afortunados un hijo del trovador Pero Guillén de Segovia, de quien ya tenemos noticia, llamado Diego Guillén de Avila, seguramente por

haber nacido en aquella ciudad. Crióse en el palacio del Arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, de quien su padre era contador mayor, y dedicándose desde su primera juventud á la carrera de la Iglesia, pasó á Roma en compañía de un sobrino de aquel prelado, que llegó á ser obispo de Pamplona. De aquel género de domesticidad pasó á otras «siguiendo siempre ajenas voluntades», según él dice, hasta que, protegido por el Cardenal Ursino, obtuvo un canonicato de Palencia, donde apenas residió, como era uso corriente en la relajadísima disciplina de aquel siglo. La estancia en Roma favoreció sus aficiones clásicas, de que dió muestras en varias traducciones estimables, como la de las *Estratagemas* de Frontino, y la de los libros teosóficos atribuidos á Hermes Trimegistro, que trasladó de la versión latina de Marsilio Ficino (1). En verso compuso el *Panegírico de la Reina Católica*, y el *Panegírico de D. Alonso Carrillo*. El primero de estos poemas, terminado en Roma el 23 de Julio de 1499, y dedicado á la misma princesa en 28 de Abril del año siguiente, empieza con la acostumbrada visión de obscura selva, por donde el poeta va peregrinando hasta que llega á «una casa fatídica, donde estaban figuradas todas las estorias passadas, presentes y futuras.» En aquel palacio habi-

(1) *Los cuatro libros de Sexto Julio Frontino, Cónsul Romano. De los enjemplos, consejos y avisos de la guerra: obra muy provechosa, nuevamente trasladada del latin en nuestro romance castellano, e nuevamente impresa.*

Al fin, *La presente obra fué impresa en la muy noble y muy leal cibdad de Salamanca por el muy honrado varon Lorenzo de Lion dedei. Acabóse el primero dia de abril del año de 1516, 4.º gótico, 59 hoj. En la carta dedicatoria al Conde de Haro D. Pedro de Velasco, se firma el autor Canónigo de Palencia.*

La traducción de los libros del seudo Hermes Trimegistro, hecha en Febrero de 1487, fué remitida por el traductor á Juan de Segura, en Noviembre del mismo año. Hay ejemplar manuscrito en la Biblioteca Escorialense.

taban las tres *fad*as ó Parcas: Atropos, Cloto y Lá-quesis, que son las que guían al poeta en las tres partes de la obra, explicándole la primera el origen de los godos y la genealogía de los Reyes de España, hasta llegar al infante D. Alonso; comenzando á referir la segunda los principales hechos del reinado de Doña Isabel (guerra con Portugal, formación de las Hermandades, establecimiento de la Inquisición, conquista de Granada), y anunciando la tercera, como en profecía, otros sucesos posteriores, tales como la expulsión de los judíos, la herida del Rey Fernando en Barcelona, la guerra del Rosellón, las hazañas del Gran Capitán en Italia, la muerte del príncipe Don Juan; terminando todo con el vaticinio de la conquista de Africa y de Jerusalén, pero sin decir una palabra del descubrimiento, entonces tan reciente, del Nuevo Mundo.

Sin ser Diego Guillén poeta de altas dotes, es por lo menos un versificador muy afluente, y no carece de brillantez y gracia en las descripciones, á pesar de los resabios pedantescos con que suele echarlas á perder, v. gr.:

Era en el tiempo que muestran las flores  
De sus escondidas potencias señales,  
Y los terrestres aquosos vapores  
Al ayre los suben los rayos febles:  
Thiton con sus carros luzientes triumphales  
Ocupa los cuernos del cándido toro,  
Habiendo partido en la piel de oro  
El justo equinoccio en partes iguales.  
Entonces vencido de mi fantasía,  
Me vi caminando por una floresta,  
Tan alta y espessa, que me parecía  
Que naturaleza la hubiese compuesta...

.....  
Por donde yo siento tumulto sonante  
De címbalos, flautas y otros sonidos  
Que ya por las faldas del claro Athalante,  
De sátiros fueron y faunos oídos.  
Allí las Driádes con passos debidos  
Oí con más ninfas que en coro danzaban,

Y en rústicas voces cantando loaban  
Las vidas silvestres en que eran nascidos.  
Atónito iba conmigo y turbado  
En verme entre gentes que ver no podía;  
Congojas me lievan así congojado  
Que el alma temores secretos sentía.  
Cada una planta de cuantas veía  
Ser cosa sensible se me figuraba,  
Los blandos cabellos alzados levaba,  
Mis miembros temblaban, no sé qué tenía...

En la enumeración de los claros varones de España, no olvida á los héroes de la tradición épica: por ejemplo, dice del Cid, harto débilmente, salvo un solo verso:

Y aquel caballero que allí ves armado  
De armas tan claras, lucidas, fulgentes,  
El Cid es Ruy Diaz, aquel esforzado  
Que reyes venció tan grandes potentes.  
Por este Valencia, si pones bien mientes,  
De los africanos fué bien defendida;  
*Aqueste en la muerte venció y en la vida,*  
E hizo más cosas que saben las gentes.

Lo mejor y lo más pintoresco del poema es lo que propiamente se refiere á la Reina Isabel. Hay color poético y muy agradable sabor clásico en el cuadro de su nacimiento, que viene á constituir una especie de oda *genetliaca*:

Quando los aires gustó de la vida  
La clara Lucina estaba presente:  
Hilaba yo alegre, de blanco vestida,  
El cándido hilo muy resplandeciente.  
En mi blando gremio la puse placiente;  
Por suerte infalible la he prometido  
Memoria perpetua, gran vida y marido,  
Riquezas y reinos, progenie excelente.  
Estaba conmigo la Naturaleza;  
Su gesto con mano sutil adornaba  
De tan radiante y clara belleza  
Que todos los gestos humanos sobraba.  
Sus miembros ebúrneos así conformaba  
En tal proporcion, grandeza y mensura,  
Que quien las contempla, verá en su figura

Beldades que ver jamás no pensaba.

Las Gracias le dieron preciosa guirnalda  
De ramos fragantes, mezclados con flores;  
De lirios, de rosas hinchieron mi falda,  
De timbra, que daba sñaves olores.  
Espíranle, envueltos en dulces liquores,  
Sus nombres, sus fuerzas así verdaderas  
Que se le infundieron tan grandes y enteras  
Que consigo mismas no quedan mayores.

Volaban en torno alegres, ornados,  
Los dulces amores que á verla venían;  
Las viras sabrosas, los arcos dorados  
Tendidos, lentados y floxos traían.  
Después que la vieron, conmigo decían:  
•Pues que esta princesa por fuerza nos pisa,  
•Las flechas le demos, que sean su divisa:  
•Podrán más con ella que con nos podían. •

La Virgen Astrea descendió del cielo,  
De sus compañeras en torno cercada;  
Perdido del todo el viejo recelo,  
Nascida esta reyna, do hagan morada.  
Después que le dieron corona almenada,  
Obraron conmigo sutil vestidura,  
Con que la vistieron de tal hermosura  
Que siempre le tiene el alma adornada.

La misma floridez y lozania, aunque con más igualdad de estilo, campean en otras partes del poema, especialmente en la descripción de la entrada triunfal de los Reyes en Granada. Consta toda la obra de ciento ochenta y cuatro coplas de arte mayor, y aun esta brevedad relativa, que no es frecuente en los poemas de su clase, hace que éste se lea sin fastidio.

Por méritos análogos se recomienda el *Panegírico de D. Alonso Carrillo*, antiguo Mecenaz del autor y de su padre: tarea que emprendió á ruegos del obispo de Pamplona, sobrino del Arzobispo y del mismo nombre que él. Esta nueva visión no puede ser más dantesca, puesto que el poeta toma por guía de su viaje al propio Dante, como ya lo habían hecho Micer Francisco Imperial en el *Dezyr de las siete virtudes*, y Diego de Burgos en el *Triunfo del Marqués de Santillana*. En compañía del poeta florentino recorre el infierno y el purgatorio, aprovechando la ocasión para poner tra-

ducidos en boca de Dante gran copia de versos de la *Divina Comedia*; y á la entrada de los Campos Eliseos encuentra al Arzobispo, con cuyos loores y subida al Empíreo termina este *Panegírico*, que en su última parte no deja de tener alguna curiosidad para la historia (1).

Atribúyese también á Diego Guillén, aunque bien pudiera ser de otro Diego de Avila, una *Egloga interlocutoria, graciosa y por gentil estilo nuevamente trovada*, dirigida al Gran Capitán, pero en la cual para nada se habla de su persona (2).

(1) *Panegírico compuesto por Diego Guillen de Avila en alabanza de la más cathólica Princesa y mas gloriosa reyna de todas las reynas, la reyna doña Isabel, nuestra señora que santa gloria aya, é á su alteza dirigida. E otra obra compuesta por el mismo Diego Guillen, en loor del reverendissimo señor don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, que aya santa gloria.*

Hay dos ediciones, entrambas rarísimas, de estos poemas: una de Salamanca, 1507, y otra de Valladolid, por Diego Guzmán, 1509, ambas en folio y en letra de tortis.

(2) Véase el argumento de esta rarísima pieza, perteneciente á la escuela dramática de Juan del Enzina, y omitida, como tantas otras, en el catálogo de Moratin:

«Un pastor llamado *Hontoya* va en busca de un su hijo llamado *Tenorio*, con el qual riñendo le envía á guardar el ganado, y él quedando solo, llega un aldeano llamado *Alonso Benito*, el cual despues de haberle saludado segun su pastoral manera, le habla un casamiento para su hijo *Tenorio* con una zagala llamada *Teresa Turpina*, el cual rehusando el tal casamiento por razon de no tener quien guarde el ganado, y otras justas razones que allí muestra, el dicho *Alonso Benito* le atrae á que lo haya de hacer. Ansi que del padre concedido, *Alonso Benito* fué á llamar á *Tenorio*, al qual hallando durmiendo habla con él y entre sueños dice cosas de mucha risa. Y visto *Alonso Benito* su sueño tan pesado, le hace un conjuro, al qual despierta, y vienen entramos adonde está el padre; y allí con gran dificultad de las partes se concerta el casamiento. Luego entra otro pastor, llamado *Alonso Gaitero*, de parte de la madre de la novia á decirles que vayan al aldea;

Otra obra poética hay dedicada al mismo invicto caudillo, y en la cual se hace, aunque de paso, alguna conmemoración de sus hazañas. Tal es el libro que lleva el título, á primera vista enigmático, de *Las Va-*

»al cual envían delante á aparejar la novia. E ido, dice el padre que está cansado, que no puede ir allá. Dicele Alonso Benito que qué quiere, y responde, que vengan acá. E Alonso Benito los va á llamar; y quedan el padre y el hijo. El padre manda al hijo que se vaya á mudar el vestido all'aldea, y desde el camino envía un sobrino suyo, llamado *Toribuelo* por la llave de un cillero, y vuelto con la llave, viene el novio cansado: y en llegando, amonéstales el clérigo; y no hallando ningún impedimento los desposa, y despues de desposados, viene otro pastor llamado *Gonzalo Ramon*, de parte del cura á estorbar el casamiento, con el cual pasan muchas palabras. En fin, vienen á ser amigos, y salen á luchar, y échanse de las pullas. Despues ruegan á tres de las madrinas que canten un poco, las cuales dicen un villancico.»

En el número 8.º (póstumo) de *El Criticón* de Gallardo, está reimpressa esta égloga, copiada del ejemplar que de ella poseía D. Aureliano Fernández Guerra (18 hojas en 4.º, sin foliatura, Alcalá de Henares). Está en octavas de arte mayor, pero que no parecen de la misma mano que las del *Panegirico de la Reina Católica*, si bien la diferencia puede consistir en el carácter rústico y villanesco del asunto, y en el zafio lenguaje de los interlocutores, que el poeta remeda con el mismo desenfado realista que Rodrigo de Reinoso. El conjuro del pastor es curioso para la historia de las supersticiones:

Yo te conjuro con San Julian,  
Aquel que pintado está en nuestra hermita.  
Con todas las voces que dan y la grita  
Al toro que lidian allá por San Juan;  
Tambien te conjuro con el rabadán  
Toribio Hernandez y Juan de Morena,  
Que tú me digas si andas en pena,  
O que es el quilloto de todo tu afán.  
Mas te conjuro y te reconjuro,  
Y te torno y retorno á reconjurar  
Con agua, con fuego, con viento seguro,  
Con yerbas, con piedras, con tierra, con mar;  
Con todos los lobos de en torno el lugar,  
Con la Marota y sus Maroticos,  
Con puercos, con perros, con cabras, cabritos;  
Que digas lo que has, sin más dilatar...

*lencianas Lamentaciones y tratado de la partida del ánima*. De su autor, que era cordobés, y se llamaba Juan de Narváez, no tenemos más noticias que las que él mismo da en los preliminares de su obra: «Desde mi pequeña edad dime á la composición de los versos, según Juan de Mena hizo. Y como el tiempo cause mudanza, apartado de mi patria, Córdoba, vagando por otras algunas partes, vine á residir en Valencia, en la cual substentándome enseñando algunas de las artes liberales, después de haber cognoscido esta ciudad doze años, el Conde de Oliva me envió á llamar, et después de me hazer algún offrescimiento, según su magnificencia, preguntóme de mi doctrina: haziéndose admirado como tantos años había en Valencia estado sin qué supiesse de mí, et assi denotó querer servirse de alguna de mis escripturas, á causa de lo cual yo le hize un presente de un libro que de la *partida del ánima* hobe compuesto, y él recibiendo muy alegremente y por treinta días continuos leyéndolo á muchos cavalleros, en el fin del dicho tiempo demostró no querer servirse dél. A cuya causa yo cobré el dicho libro, et como el Conde dexarlo et yo cobrarlo fuese tan grande novedad (que para en tal caso mayor no pudo ser), deliberé sobre ello hazer un libro de *Lamentaciones*.»

Dos son, pues, los libros de Juan de Narváez que han llegado á nosotros: el libro de la *Partida del Anima*, y el de las *Lamentaciones Valencianas*, así llamadas por haber sido compuestas en Valencia. Uno y otro son poemas de filosofía moral, en el género del *Bías contra fortuna* del Marqués de Santillana, escritos con gran fluidez, naturalidad y soltura, en octavillas de versos cortos. La *Partida del Anima* está en forma de diálogo entre *el Anima y la Razón*, y puede considerarse como una exposición popular y sencilla de los principales temas de la psicología escolástica, insistiendo principalmente en la demostración de la espiritualidad é inmortalidad del alma racional. La